

NUESTRAS ENTREVISTAS

En uno de los entre-ensayos de «Interes: Creados», obra que puso felizmente en escena el Círculo Escénico, creo que fué *Doña Sirena* (Rosita Sandejas), quien para distraerse un poco, tuvo la ocurrencia de preguntarle al director de escena, D. Francisco Liongson:

—¿Por qué se ha dejado crecer los bigotes, señor director?

Los demás enmudecieron de sorpresa. En su interior se decían todos: «¡Vaya una preguntita!»; «¡una directa al director!». Para mí, sin embargo, que fué una indirecta y que lo que quiso decir Rosita, en realidad de verdad, era esto:

—¿No sabe usted que «eso» ya no se lleva ahora?

El director, sin embargo, sin inmutarse, respondió con su eterna sonrisa campechana:

—El que los lleva una vez es difícil que se desprenda de ellos. ¿Qué quiere usted? Me parece que imparten personalidad. Hasta parece que una persona que, después de llevarlos, se los afeita, ha perdido parte de su propio modo de ser, hasta diría yo del respeto que se debe a sí mismo. No sé, pero es la impresión que me produce a mí. Por lo menos, ha perdido su respetabilidad. Es como un torero, por ejemplo, que se cortara la coleta...

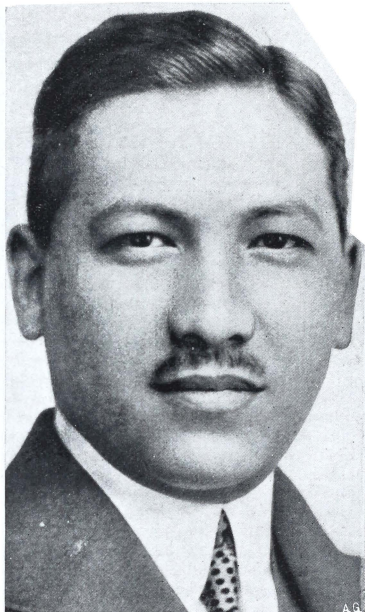
Yo no sé, lector o lectora, si comulgais con la opinión del caballero que, telón adentro, sin moverse él mismo, mueve los hilos de la guñolada del Círculo, jugando con ellos al «tira y afloja», según su capricho, mientras los muñecos, los guñoles, los fantoches, que se mueven por sus manos, reciben en pleno rostro la luz de la batería y la cálida ovación pública.

Pero como no es justo, no, que éstos se lleven todo el aplauso, me he propuesto sacarle a escena a su vez, así sea con el «prólogo» de sus bigotes. Que él me perdone, si al comenzar por ellos, cometo un atentado contra su justa y digna respetabilidad; que no es tal mi propósito, sino precisamente todo lo contrario: hacer justicia a ese «brochazo» de dignidad que le distingue.

Después de esta pequeña introducción capilar, voy a entrar en materia.

* * *

D. Francisco Liongson, o Paco a secas, es el único hijo de primeras nupcias con una señora española del difunto primer senador por Pampantalmente, el senador al enviudar se casó en



Don FRANCISCO LIONGSON

segundas nupcias con la actual viuda de Liongson, doña Nunilón Ventura, hermana del secretario del interior Honorio Ventura, y de quien tuvo aquél dos hijas: Flora y Lulú. Paco también es primo hermano del ex representante Pedro Valdez Liongson de la Pampanga, siendo su padre hermano de la madre de éste.

Es, pues, de familia pampanguña de abolengo y rango, social y políticamente. Cursó su segunda enseñanza en San Juan de Letrán, distinguiéndose en él desde los ocho años como un artista de tómbas imprescindible en las veladas del colegio, juntamente con otros aficionados, no menos conocidos hoy, como Perico Alvarez y Miguel Martín.

Me cuenta que hubo programa en que tomó parte tres veces, o sea, en tres números: como actor principal del drama o comedia de la ocasión, como declamador recitando una poesía, y

como orador pronunciando un discurso preparado por los Padres para el mismo acto.

Terminó, luego, la carrera de derecho en la Universidad de Santo Tomás; mas no ejerció nunca formalmente la profesión, ni se metió jamás en la política activa, no obstante contar con la base y preparación cabales que su padre le legara, porque no le dió por eso. Los trabajos del campo y más tarde sus faroleos en la carreta triunfal de Thespiis llenaron la prosa y la poesía de sus días. A la farsa del tinglado político prefirió el «tinglado de la antigua farsa...»

—¿Cómo y cuándo se fundó el Círculo Escénico?—pregunto.

—Verá usted: en 1922, el cura de Bacolor, Pampanga, P. Pedro Santos, estaba empeñado en recaudar fondos para abrir una escuela católica en el pueblo, la misma que hoy regentan las M.M. Benedictinas, y para romper el fuego, no sé por qué se le ocurrió acercarse a mí, pidiéndome que dirigiera un paso de comedia, que se daría en el mismo convento. La comedia de un solo acto se titulaba «Morirse a tiempo», siendo los intérpretes todos varones, entre ellos los hermanos José y Francisco Panlilio, ex Ateneístas, Antonio Fajardo, de Letrán, y otros. Siendo una función de beneficio, el cura, acertadamente, no puso precio a los asientos, dejando a discreción de cada uno lo que quisiese pagar por el suyo. La novedad del espectáculo hizo que se llenara el convento hasta de gente de otros pueblos, y hubo quien pagó ₱25 por una sola silla. La obra gustó y no le digo más sino que se repitió, con un llenazo más grande que el primero.

—A todo eso—continuó—aquel éxito sin precedentes abrió los ojos de los que estaban interesados en otras recaudaciones. Por entonces, las damas del pueblo andaban revueltas por otra colecta de fondos, con destino al hospital provincial de la Pampanga, que se iba a construir pronto. Una de ellas, mi prima Florentina Valdez, me pidió que con la ayuda de los «chicos del convento» pusiera otra obra. Ellas se encargaron de buscar a las señoritas. Efectivamente, reclutaron a Consuelo Santos, hoy señora de Feliciano, a Rosario Pañganiban, que fué luego la Srta. Pampanga de 1926 y hoy es la señora de Salumbides, y otras. En vez de una obra, pusimos dos: una comedia, «Los Hijos de Sisa», y una zarzuela: «La Indiana». Más aplausos. Otra *reprisè*. Resultado: entraron en caja más de mil pesos, limpios de polvo y paja...

—Por último—terminó—viendo la respuesta cordial del público culto de Pampanga a nuestros esfuerzos, alguien lanzó el grito: «¿Por qué no formar una sociedad de aficionados entre los elementos que ya habían tomado parte en las

anteriores funciones, la mayoría de Bacolor naturalmente, más los que irían viniendo del mismo y de otros pueblos de Pampanga?» La idea fué acogida unánime e inmediatamente. De esta manera surgió el Círculo Escénico; se eligió una directiva, de la que fui aunque indignamente presidente y director de escena al propio tiempo, y el 6 de enero de 1923, Día de Reyes, dábamos al pueblo de Bacolor y a la provincia entera, porque acudió gente de toda la Pampanga, el aginaldo de una noche de arte, con nuestra función inaugural, en que, fieles a nuestro lema de dar al público el doble de satisfacción por el valor de las localidades, pusimos otra vez dos obras, ambas con música: «Doloretos» y «La Alegría de la Huerta», en que tomaron parte la hija y sobrina del entonces gobernador Guanzon, Encarnación y Milagros Guanzon, Elisa Gutiérrez y otros.

—¿Cuál es la obra que más le ha costado dirigir?

—«Intereses Creados». No hay vuelta de hoja. Tanto por el número de sus personajes, como por la calidad de la obra. He tenido que ensayar por un mes diariamente a los varios intérpretes, ya parcial o totalmente. Pero le diré a usted: cuesta más ensayar en Manila, porque es más difícil reunir aquí a la gente; pero cuesta menos representar aquí, que en provincias, así como suena. En Manila, paga usted por el alquiler del teatro, luz y todo, ₱150, con derecho a ensayar todavía en él todas las noches que se quiera; pero en nuestro teatro allá, no obstante tener una capacidad tres o cuatro veces menor que el Opera House, entre la luz, alquiler y transporte de entarimado y sillas, adorno del teatro, reposición del escenario y los camerinos, y aun sin usar más luz que en la noche misma de la función, pagamos alrededor de ₱250.

—Pues... y la orquesta—concluyó.—Aquí pagamos a tanto por cabeza, incluyendo dos o tres ensayos, que bastan y sobran, porque son casi todos maestros. Pero allá, aparte de pagarles más y de mandarles recoger a la hora del ensayo, les dice usted a las 9 de la mañana, y a las 11 y medía todavía no están todos. Claro, llega la hora de comer, y para no mandarles a casa y tener luego que esperarles de nuevo, hay que sentarlos a la mesa, juntamente con los intérpretes...

Y basta, para daros una idea del apostolado artístico que se ha impuesto este hombre, nada más que «por amor al arte y al idioma y al teatro hispanos,» y demostrar una vez más que «no todo es farsa, en la farsa, que hay algo divino—y humano, añadiría yo—que es verdad, que no puede acabar, cuando la farsa acaba...»

JUANITO.